

Capítulo 1

Aferra el teléfono en la mano. Clava los ojos en la pantalla como si pudiera provocar que el aparato reaccione ante la fuerza de su mirada impaciente. Aunque sabe que es imposible que Lorena, su mujer, haya concluido la gestión en el banco, contempla el reloj digital del dispositivo con la angustia que sufre en exclusiva quien quiere que el tiempo pase deprisa y que los guarismos que indican la hora cambien con mayor celeridad. Sin embargo, los números se mantienen fijos con la misma indiferencia que él muestra hacia la monumental juerga que sus compañeros de trabajo están celebrando en la nave. A pesar de que se ha alejado del recinto, percibe con nitidez el jolgorio que provocan las más de cincuenta personas que aún ríen, lloran, gritan, cantan, beben, se besan y se abrazan entre chillidos y expresiones de incrédula felicidad.

Ya son más de las cuatro y la tarde invernal se muere. Incluso en la luminosa y cálida Valencia, a veces, hace frío, si bien solo lo parece los escasos días que, como hoy, el cielo está gris aunque para los juerguistas es la jornada más feliz de sus vidas. El enjambre de periodistas con sus cámaras y micrófonos se marchó hace un rato, pero ellos aún siguen allí, festejando su buena fortuna. Mientras la inmensa mayoría del país se consuela pensando que lo importante es mantener la salud, ellos celebran que, además de estar más o menos sanos, también son ricos. Muy ricos. Les ha tocado la lotería. El primer premio. El Gordo. Y por eso, además de salud, tienen dinero. Mucho dinero. Como todos los años, don Augusto Tejedor Machancoses, el anciano jefe ya jubilado pero todavía uno de los dueños del negocio, había sido el encargado de hacerse con los décimos del número 22.574, la fecha en la que se fundó la empresa. Como un papanoel de cara cuarteada por el salitre y dientes manchados por su afición a los puros caliqueños, don Augusto ha apuntado, adquirido, cobrado y entregado los décimos, enteros o compartidos, a los trabajadores de la empresa que fundó hace 40 años. Todos tenían su pequeño papel timbrado con la cifra mágica, comprado más por miedo a que le toque a todo el mundo menos al que pecó de tacaño que por convicción o ilusión de ser agraciado. Hasta hoy, esa combinación numérica había servido para malgastar el importe de la apuesta en el rito inútil de jugar al sorteo extraordinario de lotería que anuncia que, en España, ha llegado la navidad. Cada décimo, que a las nueve de la mañana podía intercambiarse por un improbable sueño de riqueza o por un simple hábito repetido, vale ahora 400.000 euros. O incluso mucho más, porque la suma implica cancelación de hipotecas, ayuda a los hijos en paro, coches nuevos o viajes que solo se podían soñar. En definitiva, el 22.574 trae entre los caprichosos misterios del azar matemático y de la probabilidad remota la simple y pura tranquilidad para

quienes, como ellos, no tienen, no han tenido y no iban a tener nada más que un sueldo ganado a madrugones y, encima, se sentían afortunados por ello. Pero ha sido esta mañana del 22 del diciembre cuando han sabido lo que es, de verdad, tener suerte.

Las nubes han pintado el cielo de un blanco lento y pesado hasta difuminar el horizonte y emborronar los contornos del mar y la tierra. El viento de levante anuncia que el temporal no está lejos. Sin embargo, José Vicente Muñoz, o Josevi, como le llama todo el mundo, es tan ajeno a los avisos de la tormenta como sus compañeros de trabajo, aunque por razones bien distintas. Sigue mirando el teléfono bajo la luz lechosa. Nota la rigidez en la espalda y el escozor en los ojos provocado por la noche en vela. Ni el cava ni los otros licores que han corrido a espuestas desde que en la nave se supo la buena noticia han logrado calentarle. Por fin, el teléfono despierta. La imagen de Lorena, sonriente y abrazada a las dos niñas, se enseñoorea de la pantalla del móvil. No deja, siquiera, que el timbre llegue al segundo tono para contestar:

–¿Lore? ¿Lorena? –Casi grita– ¿Ya está?

–¡Sí, Josevi, sí! –La voz de su mujer se atropella en el auricular, mezclada entre hipidos llorosos y risitas de felicidad–. ¡Aún estoy en el banco, en el despacho del director de la sucursal! Ya están los dos décimos guardados aquí y tengo el recibo del depósito y me ha dicho que ellos harán la retención y que, con más calma, nos aconsejarán qué hacer con el dinero y...

–Pero, podemos cancelar la hipoteca, ¿no? ¿Y lo de las tarjetas también?

–Sí, claro, claro. Pero es que me ha dicho que hay que mirarlo todo con tranquilidad porque, de cada décimo, Hacienda se queda el veinte por ciento y si no lo empleamos bien, al año que viene nos pueden dar un palo que te cagas en la declaración de la renta. Además...

–Sí, sí, claro –Vicente le vuelve a cortar–. Lo que él te diga, que para eso es el que manda ahí y sabe de números.

–Vale, vale. Oye ¿vas a tardar mucho o qué? Si quieres voy para allá y me uno a la fiesta. Le digo a mi madre que recoja a las niñas del colegio y...

–¡No, no! –la interrupción es colérica, casi grosera, aunque espera que Lore no lo note–. ¡Aquí ya estamos acabando y, además, llevo toda la noche en pie y estoy reventado! No vengas.

–Vale, vale. Como quieras –la felicidad y la emoción quiebran de nuevo la voz de Lorena al otro lado del teléfono– ¡Ay, Dios mío, Josevi! ¡Que somos ricos!

–¡Qué sí, cariño, qué sí lo somos! –El marido nota el temblor en la garganta, pero lucha para que no se le note–. Oye. Una cosa importante. Que... que... que.. ¡Qué te quiero mucho, joder! Y a las niñas también. Y lo de la lotería y la pasta y eso está de puta madre, pero vosotras sois lo mejor que me ha pasado en mi vida.

–¡Huy que ñoño te estás poniendo! –Lorena ríe al otro lado del teléfono–. ¡Cómo se nota la noche en vela, que te has pasado la mañana de fiesta y ahora te está dando la borrachera llorona!

–No, en serio, *Lore*. Que te quiero –las lágrimas bajan por sus mejillas como dos serpientes brillantes que reptan entre la barba cerrada–. ¡Que te quiero muchísimo, hostia! ¡Y a las niñas también!

–¡Qué sí, tonto! ¡Qué ya lo sé! Y ahora, con más de 600.000 euros en el banco –estalla en carcajadas– ¡nos vamos a querer muchísimo más!

–*Lore*, te quiero. De verdad, te quiero. De verdad, cariño. Que te quiero mucho...

–¡Si que te ha dado fuerte la llorona! ¡Anda, vente para casa que te voy a quitar yo la depresión... –baja la voz para que el director no oiga el final de la frase, que se convierte en un susurro que desciende a un tono con sensual complicidad– con lo que tú sabes y que te gusta tanto.

No puede evitar que una sonrisa empiece a formarse en su cara al evocar el cuerpo de *Lore*; sus pechos pequeños y duros, el olor y el sabor de su sexo; la tibia humedad de la boca de su mujer dibujando caminos de saliva desde sus pezones coronados de vello oscuro hasta el miembro viril. Recuerda, durante fracciones de segundo, lo que le susurra los sábados por la noche cuando las niñas duermen y es capaz de ver entre las arrugas del asfalto la mirada perezosa y pícaro de Lorena tras un buen rato con la lengua entre sus piernas. Los recuerdos, dulces e íntimos, se evaporan entre las imperfecciones del suelo como si fueran agua derramada bajo el sol de agosto. Ahora sí que le tiembla la voz:

–Voy en seguida. Te quiero.

–¡Qué sí, pesado! ¡Que vengas!

–Adiós, *Lore*. Adiós. Te quiero. Te quiero Te quiero.

–Hasta ahora.

A pesar de la distancia percibe con nitidez el barullo del jolgorio que todavía se mantiene en el interior de la nave. Echa un último vistazo a la estructura rectangular de ladrillo y techo de teja donde ha pasado casi veinte de sus treinta y ocho años. Las letras blancas del nombre de la empresa, LOSECOSA brillan amarillas sobre el fondo rojo de la pintura de la fachada, manchada aquí y allá por el beso amargo del salitre. Aún se acuerda del primer día, entrando junto a su padre mirando el inmenso laberinto de contenedores de todos los colores apilados hasta en seis alturas que conformaban una auténtica ciudad de metal pintado. Pronto se acostumbró a ver los amaneceres tras las siluetas de las colosales grúas-pórtico y las jirafas de acero que movían aquellas cajas de 26.000 kilos como si fueran las piezas de un juego de Lego, asombrado de la delicadeza y la puntería de aquellos titanes metálicos y, sobre todo, de las manos humanas que dominaban aquellas bestias de

pura fuerza bruta manejada con la precisión de un cirujano con su bisturí. Le hubiera encantado ser uno de ellos, uno de esos estibadores que, en sus cabinas a más de cuarenta metros de altura, cargaban y descargaban los buques portacontenedores como si hicieran un gigantesco puzzle. No lo consiguió nunca. Los estibadores del puerto de Valencia –como ocurre en todos los demás puertos de España– siguen siendo modernos cofrades de gremios casi medievales, auténticas dinastías donde el trabajo se hereda y las horas se reparten en un complicado sistema de antigüedades. Josevi, como tantos otros, tuvo que conformarse –y gracias– con trabajar en una de las empresas de logística que operan en las instalaciones portuarias, sacando y metiendo en camiones los contenedores que los amos de las alturas introducían o extraían de los inmensos navíos. Luego vinieron otras faenas, responsabilidades y complicidades hasta convertirse en la mano derecha del jefe, que también se llama Augusto Tejedor. Hasta esta madrugada. Hasta hoy.

Camina hacia el muelle. La actividad del puerto valenciano no para jamás. Más de 12.000 contenedores se mueven cada día en sus muelles y sus zonas logísticas, en eterna disputa por el liderazgo en el Mediterráneo con el puerto de Algeciras y, por tanto, del sur de Europa. El barco que está siendo cargado ahora mismo no es de los más grandes y, aún así, su figura es colosal. Observa la fila de camiones que esperan su turno, todos ellos con contenedores de 20 pies de longitud, los llamados TEU en el argot portuario, que son de los más pequeños. Saluda a la amazona que cabalga el leviatán que mueve cada bulto es Miriam. Josevi recuerda cuando entró a trabajar en la empresa y la estiba era cosa de hombres, pero ahora, las hijas de los estibadores que heredan el trabajo de sus padres son cada vez más frecuentes y allí arriba está la chica, en la cabina de la grúa jirafa, casi a la altura de un décimo piso, enganchando de cada plataforma, una por una, las enormes cajas pintadas de blanco de la naviera danesa Maersk, la más importante del mundo. Miriam, desde su atalaya, pesca cada contenedor y lo deposita a bordo siguiendo un cuidadoso patrón para equilibrar el peso y que el buque no zozobre con consecuencias catastróficas por culpa de una carga descompensada. Cada contenedor es dejado con exactitud y mimo en su sitio en el navío. Josevi contempla la maniobra que Miriam está a punto de terminar con el recipiente que aterriza con increíble suavidad sobre su gemelo. Aún sostiene el teléfono móvil en su mano derecha y aprieta el artefacto para mitigar los temblores que mordisquean sus extremidades. Recorre con aire ausente, mientras finge que habla por teléfono, la pasarela que conecta el muelle con el barco. Lleva media vida en el puerto y, como muchos otros, sube y baja de las embarcaciones con toda tranquilidad. Mil favores se intercambian cada día entre las tripulaciones y el personal de la instalación portuaria: una caja de puros por una tarjeta española de teléfono móvil; una televisión de plasma mucho más barata por un contenedor que, supuestamente, por un golpe de mar se movió de su sitio, se dañó la carga y pagará

el seguro; cajas enteras de cartones de tabaco que, en teoría, se han malogrado por una filtración de agua de mar a causa de una grieta tan conveniente como inexistente. Lo que se ha hecho desde que el puerto es puerto y en todos los puertos del mundo.

Su ojo acostumbrado al ir y venir de la estiba ubica en seguida dónde va a ir la siguiente caja que los operarios, en tierra, ya han fijado a los enormes ganchos de la jirafa. El contenedor, a pesar de su gran peso, se eleva como si estuviera hecho de papel de seda gracias a la brutal fuerza de los motores del ingenio. El barco aunque no es de los grandes parece tan sólido e inmóvil como una montaña surgida del agua. No obstante, en cuanto el contenedor es encajado como uno más entre sus miles de gemelos que ya están a bordo, el buque cabecea de tal manera que incluso Josevi, recién subido a la cubierta, percibe el movimiento con tal intensidad que debe sujetarse a una de las barandas. Las poleas de la grúa-jirafa protestan con chirridos de esfuerzo cuando Miriam acciona los mandos que retiran el nuevo contenedor del camión que lo ha acercado al muelle y avanza unos metros para ubicarse en el sitio desde donde depositará su carga. Josevi desciende hacia el laberinto de cajas metálicas. Camina de lado en el angosto espacio que queda libre entre cada pila de contenedores. Son apenas sesenta centímetros de separación entre uno y otro que recorre con especial cuidado para pasar desapercibido. Es fácil ocultarse en ese Dédalo de metal.

Un golpe seco indica que la grúa ha sido calzada sobre las vías que horadan el suelo de hormigón. El contenedor empieza a bajar. El movimiento es suave y controlado como un gato caminando entre las copas de una mesa preparada para un banquete. Miriam no necesitará más de un par de minutos para depositar el TEU en su sitio. Josevi aguarda, con la mano derecha aferrada a una de las barras que, en forma de aspa, sujetan cada contenedor a los dados de enganche. La caja blanca con el logotipo de la estrella blanca de siete puntas sobre fondo azul de Maersk está ahora a menos de diez metros de la cubierta superior del bulto. Y descendiendo. Josevi empieza a escalar. Coloca el pie en la intersección de los listones de acero y, con la habilidad que da la experiencia de una acción mil veces repetida, se encarama a lo alto del contenedor cuando el siguiente que va a ser estibado encima está a menos de dos metros de su destino. Concentrada en la maniobra, Miriam no se percata de los gritos ni los desesperados gestos con los que los marinos –filipinos en su mayoría– intentan captar su atención para que se detenga. Josevi se tumba de lado sobre el techo; está frío. Muy frío. Las lágrimas que anegan sus ojos han convertido el mundo que tiene delante en un paisaje líquido. El ruido de las poleas por las que se deslizan los cables de acero impiden que oiga que el teléfono que aún sujeta en su mano derecha está sonando. En la pantalla vuelve a aparecer la imagen de Lorena abrazada a Paula y Andrea. Cuando el sobrecargo del buque, ya alertado por la tripulación, empieza a vociferar por la radio a Miriam para que detenga el descenso, el suelo de

madera del contenedor está apenas a cincuenta centímetros de su ubicación definitiva. Justo debajo, Josevi se ha encogido en posición fetal, pero aún le da tiempo a mirar la pantalla del teléfono móvil, aunque no es capaz ya de oír el «Comerranas» de *Seguridad Social*, la canción que lleva como tono de llamada. Sí que ve la cara de Lorena, Andrea y Paula por última vez. Después, el silencio y la oscuridad se pueden definir con un número y una magnitud: 26 toneladas.

«El teléfono al que usted llama está apagado o fuera de cobertura. Por favor, deje su...» Lorena cuelga antes de que acabe el mensaje grabado y suelta el teléfono con desgana sobre la mesilla de noche. Está tumbada en la cama y se despereza como una gata en celo conforme nota que la calefacción –que ha encendido hace un ratito– va caldeando la habitación. Su madre recogerá a las niñas del colegio y las tendrá en casa hasta la hora de cenar. La tarde será para ellos dos solos. Y va a hacer que sea muy larga y muy placentera. Se ha recortado y rasurado el vello del pubis hasta dejar «el bigotillo» como le gusta decir a Josevi. Se ha puesto un tanga mínimo de encaje negro y un sujetador que le realza su busto breve pero aún firme pese a que ha amamantado a dos crías. Se estira sobre el edredón y hasta la nariz le llega el dulce olor de las gotitas de *Opium* que se ha puesto justo entre el ombligo y el inicio del monte de Venus. Su chico no tardará. Debe estar aparcando ya en el garaje y por eso no tiene cobertura. O quizá se ha quedado sin batería ya que el móvil que tiene es una verdadera porquería. Otro pensamiento dulce se adueña de su mente: se podrán comprar los teléfonos móviles que quieran a partir de ahora. Como tantas otras cosas que el dinero soluciona. Mete los dedos en el tanga para asegurarse de que la piel rasurada está suave después de haberse puesto crema hidratante. Siente la humedad que empieza a nacer, aún muy dentro, entre sus piernas. Su marido, que siempre ha estado muy bueno, ahora encima es rico y subirá en seguida. El teléfono suena. Debe ser Josevi que ha visto la llamada perdida. Con una sonrisa lasciva y un gesto perezoso alarga el brazo para contestar. Es un número desconocido. Anula la llamada pues nota que se está poniendo cada vez más cachonda y no tiene el ánimo ahora como para que le intenten vender otra línea ADSL. No han pasado ni dos minutos cuando el aparato vuelve a sonar. El mismo número. Decide responder porque está tan contenta y tan caliente que, sea quien sea, no le podrá amargar el día más feliz de su vida.

–¿Sí? ¡Dígame!